

San José, Costa Rica

1924

Lunes 8 de Diciembre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *En la Quinta de Bolívar*, por Guillermo Valencia.—*Ayacucho*, por E. Gómez de Baquero.—*Resumen sucinto de la vida del General Sucre*, por Bolívar.—*La estimación extranjera*.—*Pan, queso y raspadura*, por Ricardo Palma.—*La agonía de Anatole France*, por Corpus Barga.—*Tres decretos de Sucre*, por Laureano Villanueva.—*Los amores de Sucre*, por C. de Gangotena.—*El retrato de Sucre*, por Carlos R. Tobar.—*Pastorela*, por Edmundo Velásquez.—*A lo que obliga Ayacucho*.—*Córdova, discípulo de Serviez*, por R. Botero Saldarriaga.—*Bilitis*, por María Monvel.—*La costra y el carácter*, por Luis de Zulueta.

En la Quinta de Bolívar

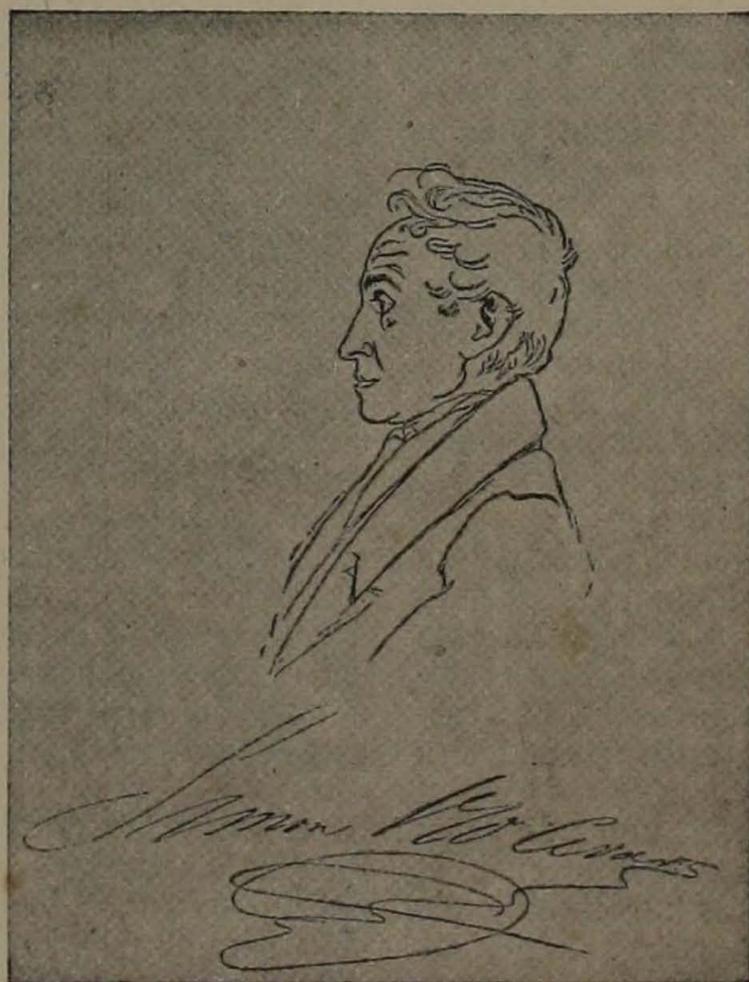
=Estupendo discurso dicho por GUILLERMO VALENCIA el 9 de noviembre pasado en la Quinta de Bolívar, Bogotá, al instalarse en ella la Sociedad Bolivariana.=

HE llegado sigilosamente a este dilecto albergue tuyo, oh Padre inmortal! La esquivada pendiente que a él conduce, despoja al espíritu de su vulgar ropaje, concentra la emoción, aguza los recuerdos y purifica el alma para la visión del martirio glorioso.

Todo es sagrado aquí, y una voz interior nos murmura que este sitio no sabe parecerse a los otros lugares. Hinchido fué de la majestad heroica; todo él quedó impregnado por una olímpica ambrosía, y el acre olor del león apenas cede a aromas de suavidad equívoca que están fluyendo ahora de la núbil belleza o del jazmín oriental, de los claveles trágicos y las violetas escondidas.

¡Todo es sagrado aquí! En esta diminuta porción del pueblo americano estampó su pie levísimo el nuevo Hércules, el hombre tempestad que flageló las cimas andando «sobre pies de paloma». A esta cornisa rocosa vino a posarse, brevísimos instantes, el águila soberbia que traía un grueso as de purpúreos laureles, tronchados sobre la inflamada llanura de Carabobo; y desde aquí se alzó, en alas de su genio cesáreo, oteó los horizontes australes, remontó hasta el sol, y, al clavar en vuelo oblicuo, fué dejando caer de uno en uno, los gajos que cortaba, convertidos en fuego sobre la tierra sitibunda de justicia. En Bomboná, en Pichincha, en Junín, en Ayacucho, no soltó ya laureles sino rayos.

Aquí dialogó el Genio con la Divinidad; aquí fué-



Perfil del LIBERTADOR,
tomado del natural por Roulin.

Este perfil sirvió de modelo para las obras de David D'Angers y de Tenerani.

ronle, por ella, ceñidos los potentes lomos para el certamen de imposibles; de aquí mismo volaron en efluvios la pujanza creadora y el soplo redentor de pueblos; aquí cortó el cometa de procelosa cauda, en su carrera fulgurante, la órbita destinada para camino de los Dioses.

A todo lo largo de su tormentosa odisea austral, iba añorando el héroe, esta su hechizada gruta de Calipso. No sabré decir si la olvidara un instante desde la repuesta mansión del Rímac donde la sombra nocturna era siempre nupcial por la gracia de morenas en flor a quienes sorprendía la mañana—como a la doncella de Mileto—inclinada sobre las copas vacías y con el velo desceñido sobre el hombro... Mas al tornar aquí cuatro años adelante, consumado ya el prodigio, él esquivó ágilmente el agasajo palaciego para volver el mismo día de su triunfal entrada a este asilo que enmarca desde

entonces un tríptico sublime: Gloria, Amor, Dolor. De aquí partiera el padre a redimir tres pueblos, y aquí mismo volvió trayendo las cadenas rotas por sus manos. Fué tal vez ese el momento culminante de su fortuna. Horas después, al reposar los ojos en las áureas pomas hinchadas que le cuajó el Destino para melificarle los labios sedientos de gloria, advirtió ya en ellas, apenas perceptible, el estigma precoz de la caducidad implacable. Sólo el broncíneo laurel, áspero y afilado, estilizaba perennemente en sus gajos vivos

las victoriosas lanzas, agrupaba en pródigos collares sus bayas verdinegras, como bélicos frutos de muerte!

¡Quién hubiese podido contemplar aquí a aquel Homero-Aquiles que un día se soñó su propia iliada, y al anochecer del siguiente, se la tenía ya vivida y cantada! En los frontones colosales del Ande, sobre los desfiladeros insignes, este escultor de pueblos pasó tallando el friso de sus hazañas inmortales, y sobre las llanuras, los bajo-relieves esculpidos a bote de lanza, entre su fiero y rítmico galopar de Centauro.

Ese primer reposo tras la fatiga creadora, selló de inmortalidad este retiro. Entretúvose aquí destejendo a las plantas de Amor, la alternada corona de lauros y de espinas.

Tres lustros de victorias y de reveses; de arrebatado febril y laxitudes de angustia; de ávida fe calcinadora y helado soplar de desconsuelo; doseles de la triunfal altura sorbidos súbitamente por las mudas bocas del abismo; la bronceada esclavitud torciéndose en el espasmo de un dolor irredento, mudada luego en la radiosa libertad, sonreída y soberbia; escombros, ayes, ríos de mûrice; cárdenos resplandores de incendio—aureola de las ciudades violadas—; legiones ebrias de victoria, o pávidos tropeles de fugitivos; fûnebres árboles de punición, doblegados al peso de sus frutos de muerte; sabios y santos, mancebos y heroínas descuartizados sobre el estadio pavoroso; odio, amor, ira santa, rabia ciega; anhelo, acometida, resistencia, fracaso, votivas guirnaldas, locuras: todo aquí fué evocado en las ardientes vigiliadas confidenciales y perfumadas. Ese mirador está saturado de grandeza. ¿No advertís que perdura allí todavía el acre olor del león? Este asilo es grande porque lo sublimó su dueño, y hermoso porque lo embelleció con su cariño la caldeada imaginación del amante. Es el templo a que se acogió el libertador de cinco pueblos para repensar su epopeya sobre el regazo de la fatal belleza...

Estas arenas imprimieron las huellas que dejara el acelerado andar del coloso; este murado recinto recogió en sus ángulos el gemido arrullo y el rugido feroz; estas pulidas fuentes desgranaron sus rumbos collares en la serenidad acariciadora del crepúsculo; el alma del soñador diluyó en esta atmósfera su idealidad que vivirá!...

Apagáronse una en pos de otra las notas de aquel himno, y las áureas pomas hinchadas que le cuajó el Destino al héroe, para melificarle los labios sedientos de gloria, fueron, dolorosamente, cayendo de las ramas.

Eclos de lejanas tormentas, marchas precipitadas, arrebatos coléricos, penas del corazón, salivazos, injurias, celosa ingratitud, envidias, extraviada grandeza, rectitud implacable, juvenil demencia, te alejaron, oh Padre, de tu enantes hechizado asilo. Tornaste a él después, mas con el alma desgarrada, en la incurable desolación del tedio, con el arrepentimiento de habernos creado, bajo la indecible tortura del naufrago en la noche. Sobre estos muros donde las antorchas del festín proyectaron, en días abolidos, mannos que se tendieron agitando coronas para ceñir tus sienas de Imperator, el fatídico brazo de Edipo alargábase ahora, armado de la hoja parricida, en busca de tu corazón magnánimo. Y en ese mismo mirador rememoraste entonces, no ya la voluptuosidad de la apoteosis, sino la amargura de ser grande, gustada

gota a gota entre el medroso silencio de las vigiliadas trágicas.

Cuéntase que al amanecer probabas apaciguar tu espíritu, mordido de letal desaliento, sembrando árboles que para ti fueron sin duda confidencias a la tierra, a la tierra que no nos engaña, y retribuye con nectáreos cálices nuestro sencillo y confiado amor. Imagino que al sembrarlos ibas diciendo a cada uno como el dolor judío: «yo te he plantado en medio de mi amargura». Allí están ellos guardando el mirador, asombrando la callada alberca, adusta como un crimen, inconsolable cual una cisterna disipada. Yérguense allí los arduos pinos, erizados al soplo del dolor, en haz apretado y sombrío, adelgazando sus fûnebres ramajes que figuran las negras llamas de la desolación, y nos están contando, entre suspiros, que antes que sembrados, fueron pensados por ti, oh mártir voluntario, por las ajenas desventuras! Esos árboles, tristes como la noche en que apagó su latir un corazón amado—sudan por todos sus poros inconsolables desventuras, y los dejaste allí para eternos testigos de tu sin par melancolía. Allí están señalando el sepulcro de tu anhelo y la urna en que encerraste, todas, todas tus ilusiones.

Llenas y vivificas estos esquivos sitios palpitantes del hábito que tú les infundieras, y al dejarlos una tarde, te desasiste de ellos para siempre: muerta ya la Esperanza, todas las cosas murieron para ti. ¿Eres tú el mismo que llegaste algún día sobre el plaustro de los antiguos triunfadores, que arrastraron vírgenes, y conducido ahora al lento andar del enflaquecido jamelgo—como el dechado de los caballeros andantes—tú, viejo domador de leones acosado de ratas? Oh manchego redivivo, qué bien sombrea tu austera excelsitud el hondo pesar que te anubla! «Qué triste!» dijo alguno mirando un antiguo monumento, delante del gran corso. «Triste como la grandeza!», respondió el guerrero. Triste de grandeza fuiste también bajo tu inseparable dualidad de Príncipe Hamlet y Alonso Quijano.

Alegría es signo de la pequeñez en equilibrio. Tu desorbitada magnitud te mostró siempre taciturno. Tu euforia fué instantánea como el relámpago en la noche. Quien te modele para la posteridad debe sentirte como te sintió Tenerani: triste como la Grandeza!

Enloquecido por la gloria del Macedón, propúsole un día Scopas tallarle en estatua la portentosa mole del monte Athos. Algo mayor ha soñado mi admiración para ti: ¡Tú eres el espíritu que anima otra estatua durante milenios preexistente: el mundo que redimiste! Sólo el Mar de Atlante que presidió tu locura creadora, puede simbolizar, en su tormentosa fecundidad, con ritmo eternamente renovado, tus vastas concepciones germinantes y tu cabeza olímpica. Tan sólo la estupenda figuración andina, de aceradas vértebras y ligamentos de oro, pudiese sustentar tus músculos que, al distenderse, anonadaban, y, en reposo, distancian y defienden, dilatándolos hasta la remota ribera, en que empapan tus plantas las aguas del Pacífico, pedestal de inmortales, imagen de la gloria sin fin que te aguarda, en la incalculable sucesión de los tiempos, en que cada espuma es un día y cada tumbo, un siglo. Cruzados los brazos, en el ciclópeo nudo de la Gran Colombia, escudan al que fuera tu propio corazón palpitante. Los relámpagos evocan tu surcada, tu indomable, tu procelosa frente,

y para el rápido y chispeante centelleo de tus ojos, fulguran sin descanso los volcanes andinos. Sólo la voz del trueno, tableteando sin cesar, entre las oquedades de los abismos, pudiese responder en ecos portentosos, al silencio imperturbable de tu gloria, oh Padre inmortal!

(*El Tiempo*, Bogotá).

LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

Ayacucho

Va a celebrarse el próximo mes de diciembre, en el Perú, el centenario de la batalla de Ayacucho. Entre los hechos militares de la guerra de la independencia de los pueblos hispanoamericanos se destaca la victoria de Sucre, porque puso fin a la dominación española en el continente.

Al cabo de un siglo, los españoles podemos participar, sin humillación ni desdoro, en esta conmemoración, como ya hemos participado en otros aniversarios de la emancipación americana. Se celebra en verdad el triunfo sobre los últimos defensores de la soberanía española en los antiguos virreinos. Esto, que desde un punto de vista, estrictamente nacionalista, aconsejaría la abstención, se suaviza o se borra considerando con una visión histórica más amplia que el resultado fatal e inexorable de aquellas guerras civiles fué la formación de las nuevas Repúblicas de nuestra raza, que son los mejores testigos que puede presentar España cuando se la pregunte por su fecundidad en la historia de la humanidad. España ha sido madre de pueblos que participan de sus virtudes y de sus defectos, pero que aparecen llenos de porvenir, y ésta es su mejor corona.

Los hechos militares no son lo más importante en la emancipación de los pueblos hispanoamericanos. Aunque en Ayacucho hubiera vencido el virrey La Serna, la soberanía española no se hubiera mantenido en el continente. Se habría prolongado un poco de tiempo más. La revolución estaba hecha en el espíritu de las clases directoras hispanoamericanas, y era invencible. La marcha de los sucesos de España concurriría a hacerla inevitable y a impedir hasta una separación pacífica como la del Brasil. Todavía en vísperas de Ayacucho, en los tratos y conferencias entre americanos y españoles, hubo por parte de aquellos proposiciones de establecer una monarquía constitucional independiente, de acuerdo con España, que acaso hubiera podido realizar en parte el plan de Aranda.

La España de 1824, fecha de Ayacucho, es la España de la segunda reacción fernandina, instaurada con el apoyo de una intervención extranjera. Los americanos no estaban dispuestos a gritar «¡vivan las cadenas!», como el populacho embrutecido de la Península. El ejemplo de los Estados Unidos, y sobre todo las ideas de la revolución francesa, habían modelado los espíritus de sus hombres más eminentes. El Deseado, tan buen hijo, tan patriota en la cautividad, tan fiel a sus juramentos de monarca, como acredita la historia, no les parecía deseable a los americanos. Es verdad que la independencia de América era un hecho fatal; pero la abyección política en que

había caído España le daba una razón más y agregaba a su dinámica un nuevo motivo, que influía sobre los mismos americanos partidarios de soluciones pacíficas.

Los soldados españoles pelearon mejor de lo que podía esperarse en la guerra de la independencia de América, y a veces fueron mandados con pericia; pero las cualidades profesionales, aunque existan, no bastan a suplir el empuje del alma colectiva, decisivo en las empresas exteriores. Esa alma no existía en la España fernandina de 1824.

Militarmente considerada, la jornada de Ayacucho parece bien pequeña para sus consecuencias. Los dos ejércitos apenas sumaban veinte mil hombres. A pesar de los variados títulos de los batallones y del número de generales, achaque común a americanos y españoles, luchaban apenas dos divisiones incompletas de efectivos modernos, poco más de dos brigadas. Mas la guerra se hacía en América con cortos efectivos, y por otra parte, Ayacucho venía después de otros sucesos militares y políticos que, poco a poco, habían ido reduciendo a una parte del Perú el área del dominio español. Sobre todo, lo importante era el espíritu, aquel empuje nuevo de independencia que había brotado en las antiguas colonias de América.

Hay en Inglaterra un libro clásico de sir Edward S. Creasy, concebido según la falsa y parcial concepción de la historia que la convierte en una crónica bélica y que se titula: «Las quince batallas decisivas del mundo» (*The fifteen decisive battles of the world*).

Los americanos, y en particular los peruanos, como más interesados, pueden, con razón, considerar la de Ayacucho como la más memorable de sus batallas; pero en Ayacucho, más que el hecho militar, lo que hay que conmemorar es el resultado, la consagración de la independencia. La jornada bélica es como el relieve del pedestal del monumento, y es lo que menos debe interesar en esta conmemoración secular en que americanos y españoles, reconciliados, pueden y deben concurrir en el recuerdo de aquella metamorfosis histórica que produjo el nacimiento de las nuevas Españas de Ultramar.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(*El Sol*, Madrid).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación,
Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento.
En el anual, un 10%.

Resumen sucinto de la vida del General Sucre

(Escrito por el Libertador Bolívar)

EL General Antonio José de Sucre nació en la ciudad de Cumaná, provincia de Venezuela, el año de 1790, de padres ricos y distinguidos.

Recibió su primera educación en la capital, Caracas. En el año 1802 principió sus estudios de matemáticas para seguir la carrera de ingeniero. Empezada la revolución se dedicó a esta arma y mostró desde los primeros momentos una aplicación y una inteligencia que lo hicieron sobresalir entre sus compañeros. Muy pronto empezó la guerra, y desde luego el General Sucre salió a campaña. Sirvió a las órdenes del General Miranda con distinción, en los años 11 y 12. Cuando los Generales Mariño, Píar, Bermúdez y Valdez emprendieron la reconquista de su patria, en el año de 13, por la parte oriental, el joven Sucre les acompañó a una empresa la más atrevida y temeraria. Apenas un puñado de valientes, que no pasaban de ciento, intentaron y lograron la libertad de tres provincias. Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná se encontraba de ordinario al lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con tres o cuatro compañías de voluntarios que componían todas nuestras fuerzas. La Grecia no ofrece prodigios mayores. Quinientos paisanos, armados por el intrépido Píar, destrozaron ocho mil españoles en tres combates en campo raso. El General Sucre era uno de los que se distinguían en medio de estos héroes (1).

El General Sucre sirvió el E. M. G. del Ejército de Oriente desde el año de 1816 hasta el de 1817, siempre con aquel celo, talento y conocimientos que lo han distinguido tanto. Él era el alma del ejército en que servía. Él metodizaba todo: él lo dirigía todo, mas, con esa modestia, con esa gracia, con que hermosea cuanto ejecuta. En medio de las combustiones que necesariamente nacen de la guerra y de la revolución, el General Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejero, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino. Él era el azote del desorden y, sin embargo, el amigo de todos.

Su adhesión al Libertador y al Gobierno lo ponían a menudo en posiciones difíciles, cuando los partidos domésticos

(1) «U. créame, General, nadie ama la gloria de U. tanto como yo. Jamás un Jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de U. hecha por mí; cumpliendo con mi conciencia le doy a U. cuanto merece. Esto lo digo para que vea que soy justo; desapruebo mucho lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime». — BOLÍVAR. — Al General Sucre. — (Párrafo de carta del Libertador. Lima 21 de febrero de 1825).



ANTONIO JOSÉ DE SUCRE,
Mariscal en Ayacucho.

encendían los espíritus. El General Sucre quedaba en la tempestad semejante a una roca, combatida por las olas, clavados los ojos en la patria, y sin perder, no obstante, el aprecio y amor de los que combatían.

Después de la batalla de Boyacá, el General Sucre fué nombrado Jefe del Estado Mayor General Libertador, cuyo destino desempeñó con su asombrosa actividad. En esta capacidad, asociado al General Briceño y al Coronel Pérez, negoció el armisticio y regularización de la guerra con el General Morillo el año de 1820. Este tratado es digno del alma del General Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.

Luego fué destinado desde Bogotá a mandar la división de tropas que el Gobierno de Colombia puso a sus órdenes para auxiliar a Guayaquil que se había insurreccionado contra el Gobierno español. Allí Sucre desplegó su genio conciliador, cortés, activo, audaz.

Dos derrotas consecutivas pusieron a Guayaquil al lado del abismo. Todo estaba perdido en aquella época: nadie esperaba salud, sino en un prodigio de la buena suerte. Pero el General Sucre se hallaba en Guayaquil, y bastaba su presencia para hacerlo todo. El pueblo deseaba librarse de la esclavitud: el General Sucre dirigió este noble deseo con acierto y con gloria. Triunfa en Yaguachi, y libra así a Guayaquil. Después un nuevo ejército se presentó en las puertas de esta misma ciudad, vencedor y fuerte. El General Sucre lo conjuró, lo rechazó sin combatirlo. Su política logró lo que sus armas no habrían alcanzado. La destreza del General Sucre obtuvo un armisticio del General español, que en realidad era una victoria. Gran parte de la batalla de Pichincha se debe a esta hábil negociación; porque sin ella, aquella célebre jornada no habría tenido lugar. Todo habría sucumbido entonces, no teniendo a su disposición el General Sucre medios de resistencia.

El General Sucre formó, en fin, un ejército respetable durante aquel armisticio con las tropas que levantó en el país, con las que recibió del Gobierno de Colombia y con la división del General Santa Cruz que obtuvo del Protector del Perú, por resultado de su incansable perseverancia en solicitar por todas partes enemigos a los españoles poseedores de Quito.

La campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, fué dirigida y mandada en persona por el General Sucre; en

ella mostró sus talentos y virtudes militares: superó dificultades que parecían invencibles: la naturaleza le ofrecía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas a todo sabía remediar su genio fecundo. La batalla de Pichincha consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fué nombrado, en premio de sus servicios, General de División e Intendente del Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él su Libertador, su amigo; se mostraron más satisfechos del Jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibían de sus manos. El bien dura poco; bien pronto lo perdieron.

La pertinaz ciudad de Pasto se sublevó poco después de la capitulación que le concedió el Libertador con una generosidad sin ejemplo en la guerra. La de Ayacucho que acabamos de ver con asombro, no le era comparable. Sin embargo, este pueblo ingrato y pérfido obligó al General Sucre a marchar contra él, a la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la guardia colombiana. Los abismos, los torrentes, los escarpados precipicios de Pasto fueron franqueados por los invencibles soldados de Colombia. El General Sucre los guiaba, y Pasto fué nuevamente reducido al deber. El General Sucre, bien pronto fué destinado a una doble misión, militar y diplomática cerca de este Gobierno, cuyo objeto era hallarse al lado del Presidente de la República para intervenir en la ejecución de las operaciones de las tropas colombianas auxiliares del Perú. Apenas llegó a esta capital, cuando el Gobierno del Perú le instó, repetida y fuertemente para que tomase el mando del ejército unido; él se denegó a ello siguiendo su deber y su propia moderación, hasta que la aproximación del enemigo con fuerzas muy superiores convirtió la aceptación del mando en una honrosa obligación. Todo estaba en desorden: todo iba a sucumbir sin el jefe militar que pusiese en defensa la plaza del Callao, con las fuerzas que ocupaban esta capital. El General Sucre tomó, a su pesar, el mando.

El Congreso que había sido ultrajado por el Presidente Riva-Agüero, depuso a este magistrado luego que entró en el Callao, y autorizó al General Sucre para que obrase militar y políticamente como Jefe Supremo. Las circunstancias eran terribles, urgentísimas: no había que vacilar sino obrar con decisión.

El General Sucre renunció, sin embargo, el mando que le confería el Congreso, el que siempre insistía con mayor ardor en el mismo empeño, como que era él el único hombre que podía salvar la patria en aquel conflicto tan tremendo. El Callao encerraba la caja de Pandora, y al mismo tiempo era un caos. El enemigo estaba a las puertas con fuerzas dobles: la plaza no estaba preparada para un sitio: los cuerpos de ejército que las guarnecían eran de diferentes Estados; de diferentes partidos; el Congreso y el Poder Ejecutivo luchaban de mano armada; todo el mundo mandaba en aquel lugar de confusión, y al parecer el General Sucre era responsable de todo. Él, pues, tomó la resolución de defender la plaza, con tal que las autoridades supremas la evacuasen, como ya se había determinado de antemano por parte del Congreso y del Poder Ejecutivo. Aconsejó a ambos Cuerpos que se entendiesen y transigiesen sus diferencias en Trujillo, que era el lugar designado para su residencia.

El General Sucre tenía órdenes positivas de su Gobierno de sostener al del Perú, pero de abstenerse de intervenir en sus diferencias intestinas; esta fué su conducta invariable, observando religiosamente sus instrucciones. Por lo mismo, ambos partidos se quejaban de indiferencia, de indolencia, de apatía por parte del general de Colombia, que si había tomado el mando militar, había sido con suma repugnancia, y sólo por complacer a las autoridades peruanas; pero bien resuelto a no ejercer otro mando que el estrictamente militar. Tal fué su

comportamiento en medio de tan difíciles circunstancias. El Perú puede decir si la verdad dicta estas líneas.

Las operaciones del General Santa Cruz en el Alto Perú habían empezado con buen suceso y esperanzas probables. El General Sucre había recibido órdenes de embarcarse con cuatro mil hombres de las tropas aliadas, hacia aquella parte. En efecto dirige su marcha con tres mil colombianos y chilenos: desembarca en el puerto de Quilca, y toma la ciudad de Arequipa. Abre comunicaciones con el General Santa Cruz que se hallaba en el Alto Perú: a pesar de no recibir demanda alguna de dicho general de auxilios, dispone todo para obrar inmediatamente contra el enemigo común. Sus tropas habían llegado muy estropeadas, como todas las que hacen aquella navegación: los caballos y bagajes, habían costado una inmensa dificultad obtenerlos: las tropas de Chile se hallaban desnudas, y debieron vestirse antes de emprender una campaña rigurosa. Sin embargo todo se efectuó en pocas semanas. Ya la división del General Sucre había recibido parte del General Santa Cruz, que la llamaba en su auxilio, y algunas horas después de la recepción de este parte estaba en marcha, cuando se recibió el triste anuncio de la disolución de la división peruana en las inmediaciones del Desaguadero. Por entonces todo cambiaba de aspecto. Era, pues, indispensable mudar de plan. El General Sucre tuvo una entrevista con el General Santa Cruz en Moquegua, y allí combinaron sus ulteriores operaciones. La división que mandaba el General Sucre, vino a Pisco, y de allí pasó, por orden del Libertador, a Supe para oponerse a los planes de Riva-Agüero que obraba de concierto con los españoles.

En estas circunstancias en General Sucre instó al Libertador para que le permitiese ir a tomar el valle de Jauja con las tropas de Colombia, para oponerse allí al General Canterac que venía del Sur. Riva-Agüero había ofrecido cooperar a esta maniobra; mas su perfidia pretendía engañarnos. Su intento era dilatarla hasta que llegasen los españoles, sus auxiliares. Tan miserable treta no podía alucinar al Libertador, que la había previsto con anticipación, o más bien que la conocía por documentos interceptados de los traidores y de los enemigos.

El General Sucre dió en aquel momento brillante testimonio de su carácter generoso. Riva-Agüero lo había calumniado atrocemente: lo suponía autor de los decretos del Congreso; el agente de la ambición del Libertador, el instrumento de su ruina. No obstante esto, Sucre ruego encarecida y ardientemente al Libertador, para que no lo emplee en la campaña contra Riva-Agüero, ni aun como simple soldado; apenas se pudo conseguir de él que siguiese como espectador, y no como jefe del ejército, unido; su resistencia era absoluta. El decía que de ningún modo convenía la intervención de los auxiliares en aquella lucha, e infinitamente menos la suya propia, porque se le suponía enemigo personal de Riva-Agüero y competidor al mando. El Libertador cedió con infinito sentimiento, según se dijo, a los vehementes clamores del General Sucre. El tomó en persona el mando del ejército, hasta que el General La Fuente por su noble resolución de ahogar la traición de un jefe, y la guerra civil de su patria, prendió a Riva-Agüero y a sus cómplices. Entonces el General Sucre, volvió a tomar el mando del Ejército; lo acantonó en la provincia de Huailas donde se le ordenó; allí su economía desplegó todos sus recursos para mantener con comodidad y agrado las tropas de Colombia. Hasta entonces aquel departamento había producido muy poco o nada al Estado. Sin embargo el General Sucre establece el orden más estricto para la subsistencia del ejército, conciliando a la vez el sacrificio de los pueblos y disminuyendo el dolor de las exacciones militares con su inagotable bondad y con su infinita dulzura. Así fué que el pueblo y

el ejército se encontraron tan bien, cuanto las circunstancias lo permitían.

Sucre tuvo orden de hacer un reconocimiento de la frontera, como lo efectuó con el esmero que acostumbra, y dictó aquellas providencias preparatorias que debían servirnos para realizar la próxima campaña.

Cuando la traición del Callao y de Torre-Tangle llamó los enemigos a Lima, el General Sucre recibió órdenes de contrarrestar el complicado sistema de maquinaciones pérfidas que se extendió en todo el territorio contra la libertad del país, la gloria del Libertador, y el honor de los colombianos. El General Sucre combatió con suceso a todos los adversarios de la buena causa; escribió con sus manos resmas de papel para impugnar a los enemigos del Perú y de la libertad; para sostener a los buenos, para confortar a los que empezaban a desfallecer por los prestigios del error triunfante. El General Sucre escribía a sus amigos que más interés había tomado por la causa del Perú, que por una que le fuese propia o perteneciese a su familia. Jamás había desplegado un celo tan infatigable; mas sus servicios no se vieron burlados: ellos lograron retener en la causa de la patria, a muchos que la habrían abandonado sin el empeño generoso de Sucre. Este General tomó al mismo tiempo a su cargo la dirección de los preparativos que produjeron el efecto maravilloso de llevar el ejército al Valle de Jauja por encima de los Andes, helados y desiertos. El ejército recibió los auxilios necesarios debidos, sin duda, tanto a los pueblos peruanos que los prestaban, como al jefe que los había ordenado tan oportuna y discretamente.

El General Sucre después de la acción de Junín se consagró de nuevo a la mejora y alivio del ejército. Los hospitales fueron provistos por él, y los piquetes que venían de alta al ejército, eran auxiliados por el mismo General: estos cuidados dieron al ejército dos mil hombres, que quizá habrían perecido en la miseria sin el esmero del que consagraba sus desvelos a tan piadoso servicio. Para el General Sucre todo sacrificio por la humanidad y por la patria, parece glorioso. Ninguna atención bondadosa es indigna de su corazón: él es el General del soldado.

Cuando el Libertador lo dejó encargado de conducir la campaña durante el invierno que entraba, el General Sucre desplegó todos los talentos superiores que lo han conducido a obtener la más brillante campaña de cuantas forman la gloria de los hijos del nuevo mundo. La marcha del ejército unido desde la provincia de Cotabamba hasta Guamanga, es una operación insigne, comparable quizá a lo más grande que presenta la historia militar. Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo, que poseía infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos veíamos forzados a desfilar sobre riscos, gargantas, ríos, cumbres, abismos siempre en presencia de un ejército enemigo, y siempre superior. Esta corta, pero terrible campaña tiene un mérito todavía que no es bien conocido en su ejecución: ella merece un César que la describa.

La batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta, y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años, y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho, semejante a Waterloo, que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos, y el *sagrado imperio* de la naturaleza.

El General Sucre es el padre de Ayacucho: es el reden-

tor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Cápac y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada.

Lima, 1825.

La estimación extranjera

=En los números 17 y 18 del año II de la *Revista de Escuelas Normales*, órgano muy adelantado de la Asociación Nacional del Profesorado Numerario, Guadalajara, España, nos hallamos con este aplauso, que se recoge para estímulo de los más jóvenes, tan desalentados a ratos.=

Memoria de Instrucción Pública, presentada al Congreso constitucional por J. GARCÍA MONGE. San José de Costa Rica, 1924. En esta memoria se expone la labor realizada por D. J. García Monge, durante su paso por el M. de I. P. de Costa Rica. El ilustre ex-ministro y actual director de la Escuela Normal de Costa Rica puede mostrarse orgulloso de lo que encierra este voluminoso libro. Aparte de la sección expositiva en que resume las muchas reformas realizadas y las que quedan por hacer, nos ha interesado especialmente, por su carácter menos oficial, de gran valor pedagógico, los *documentos varios*, incluidos en los «Anexos», que constituyen un epistolario vivo y eficaz, en el que no es el ministro, sino el educador quien se dirige a sus subordinados, con palabras de alto sentido y espíritu que denotan la exquisita personalidad del Sr. García Monge.

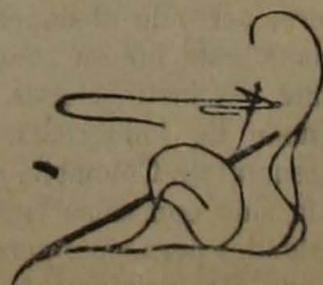
«Que sea ese Instituto el sitio amable para los jóvenes, en donde hallen palestra, diálogo, amistad, en donde la alegría de la libertad, del amor al estudio, a la belleza y al bien, sean normas de vida»... dice al Director del Instituto de Alajuela.

«Un agradecimiento más por sus esfuerzos. Aplaudo mucho sus planes para hacer cada día la vida escolar más interesante y atrayente para el niño. Interésese por las cocinas escolares y los campos agrícolas de su circuito, que yo le secundaré con mucho gusto»... contesta a un Inspector.

«Yo le invitaría a V. a que regalara ese león al Museo... Créamelo, esto me interesa mucho para ejemplo y estímulo de los demás», objeta el Sr. García Monge a quien pretendía que el Estado le adquiriese un león para el Museo Nacional.

El Sr. García Monge ha obrado muy bien al publicar la *Memoria* que nos ocupa: constituye para él una merecida satisfacción. ¡Así los gobernantes que han pasado por nuestro Ministerio de I. P. pudiesen presentarnos labor educativa tan bien orientada, tan sentida y, sobre todo, tan delicada, íntima y amorosa, como la del profesor costarricense!

MODESTO BARGALLÓ



Pan, queso y raspadura

=Del tomo I de las *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma. CALPE, Madrid=

1

EL mes de diciembre de 1824 principiaba tomando el ejército español, mandado personalmente por el virrey La Serna, la ofensiva sobre el ejército patriota, a órdenes del bravo general Sucre, ese Bayardo de la América.

Ambos ejércitos marchaban paralelamente y casi a la vista, separados por el caudaloso río Pampas, y cambiándose de vez en cuando algunos tiros. El jefe español se proponía, ante todo, cortar la comunicación de los patriotas con Lima, a la vez que forzar a éstos a descender al llano abandonando las crestas de Matará.

Sucre, comprendiendo el propósito del enemigo, se apresuró a ganar el día 3 la quebrada de Corpahuaico; y habían avanzado camino en ella las divisiones de vanguardia y centro, cuando la retaguardia fué bruscamente atacada por las tropas de Valdés, el más inteligente y prestigioso de los generales españoles. Los patriotas perdieron en esa jornada todo el parque, uno de los cañones que formaban su artillería y cerca de trescientos hombres. El desastre habría sido trascendental si el batallón Vargas, mandado por el comandante Trinidad Morán, no hubiera desplegado heroica bizarría, dando con su resistencia tiempo para que el ejército acabase de pasar el peligroso desfiladero.

¡Triste burla de la suerte! Treinta años después, el 3 de diciembre de 1854, el general don Trinidad Morán era fusilado en la plaza de Arequipa, en el mismo día aniversario de aquel en que salvó al ejército patriota, y con él acaso la independencia de América.

El 8 las tropas realistas, ocupando las alturas de Pacaicasa y del Cundurcunca (cuello de cóndor), tenían cortada para los patriotas la comunicación con el valle de Jauja. Los independientes tomaban posiciones primero en Tambo-Cangallo, después en el pueblecito de Quinua, a cuatro leguas de Huamanga, y finalmente a la falda del Cundurcunca. Retirarse sobre Ica o retroceder camino del Cuzco era, si no imposible, plan absurdo.

El ejército del virrey se componía de doce batallones de infantería, cinco cuerpos de caballería y catorce cañones. Su fuerza efectiva era de nueve mil trescientos hombres.

Los patriotas contaban sólo con diez batallones, cuatro regimientos de caballería y un cañón que, como recuerdo glorioso, se conservaba hasta 1881 en el museo del cuartel de artillería de Lima. Total, cinco mil ochocientos hombres.

Inmensa, como se ve, era la superioridad de los españoles; pero cada hora que corría sin combatir hacía más aflictiva la situación del reducido ejército patriota, en el que, para mayor conflicto, sólo había carne para racionar a la tropa por uno o dos días más.

El general La Mar se dirigió a una choza de pastores que servía de alojamiento a Sucre. Este le tendió afectuosamente la mano y le dijo:

—¡Y bien, compañero! ¿Qué haría usted en mi condición?

—Dar mañana la batalla, y vencer o morir!—contestó La Mar.

—Pienso lo mismo, y me alegro de que no haya discrepancia en nuestra manera de apreciar la situación.

Y Sucre salió a la puerta de la choza, llamó a su ayudante y le dió orden de convocar inmediatamente para una junta de guerra a los principales jefes del ejército.

Una hora después, los generales Sucre, La Mar, Córdova, Miller, Lara y Gamarra, que era el jefe de Estado Mayor, y

los comandantes de cuerpo se encontraban congregados a la puerta de la choza, sentados sobre tambores e improvisados taburetes de campaña.

2

Una ligera noticia biográfica de los principales miembros de la junta de guerra pareceme que viene aquí como anillo en dedo.

Antonio José de Sucre nació en Cumaná en 1795, y desde la edad de diez y seis años se enroló en las filas patriotas. En 1813 mandaba ya un batallón. Desde la batalla de Pichicha empezó a figurar como general en jefe. Siendo, en 1828, presidente de Bolivia, envió su poder a un amigo para contraer matrimonio, en Quito, con la marquesa de Solanda, y ¡curiosa coincidencia!, el mismo día, 18 de abril, en que se celebraba la ceremonia nupcial, era Sucre herido, en Chuquisaca, al sofocar un movimiento revolucionario. El gran mariscal de Ayacucho fué villanamente asesinado el 4 de junio de 1830, en la montaña de Berruecos.

Don José de La Mar nació en Cuenca del Ecuador en 1777, y fué llevado por uno de sus deudos a un colegio de Madrid. En 1794, entró en la carrera militar e hizo la campaña del Rosellón al lado del limeño conde de la Unión que mandaba en jefe el ejército español. En el sitio de Zaragoza era ya coronel y muy querido de Palafox. Defendiendo un fuerte cayó mortalmente herido, y su curación fué penosísima. En Valencia mandó después un cuerpo de cuatro mil hombres y, tomado prisionero, el mariscal Soult lo remitió al depósito de Dijón. En 1814, Fernando VII lo ascendió a general y lo envió al Perú con alto destino militar. En 1823 elevó su renuncia ante el virrey La Serna, y aceptada por éste y desligado de todo compromiso con España, tomó servicio en favor de la causa americana. Presidente constitucional del Perú, en 1828, fué derrocado por la más injustificable revolución, y murió desterrado en San José de Costa Rica, en 1830.

El granadino José María Córdova nació en 1800, y en 1822 era general de brigada en premio de su bravura en Boyacá y otros combates. En el mismo campo de Ayacucho fué ascendido a general de división, y cuando acompañando a Bolívar en su paseo triunfal hasta Potosí, el vecindario del Cuzco obsequió al Libertador una corona de oro y piedras preciosas, éste no la aceptó y la puso sobre la cabeza de Córdova. La guerra civil se enseñoreó de Colombia en 1829, y Córdova fué asesinado después de una derrota.

Agustín Gamarra nació en el Cuzco en 1785, y aunque sus padres pretendieron hacer de él un teólogo, abandonó el colegio y sentó plaza de cadete en el ejército español, alcanzando en él hasta comandante. Proclamada en 1821 la Independencia, tomó servicio con los patriotas, que lo reputaban, después de Sucre y La Mar, como el militar más competente en materia de organización, disciplina y estrategia. Entrado ya el Perú en el régimen constitucional, fué perenne perturbador del orden, y vivió siendo siempre o presidente o conspirador. Tuvo gloriosa muerte en el campo de batalla de Ingavi, en 1840.

3

La junta de guerra decidió, por unanimidad de votos, dar la batalla en la mañana del siguiente día.

Terminada la sesión, Sucre llamó a su asistente y le dijo:—Sirve las once a estos caballeros.

Y volviéndose a sus compañeros de junta, añadió:—Conténtense ustedes con mis pobreza, que para festines tiempo queda si Dios nos da mañana la victoria y una bala no nos corta el resuello.

Y el asistente puso sobre un tambor una botella de aguardiente, un trozo de queso, varios panes y una chancaca.

—¡Banquete de príncipes golosos!—exclamó Córdova.

—No moriremos de indigestión—dijo La Mar, poniendo una rebanada de queso dentro de un pan y cortando con el cuchillo un trocito de chancaca.

A este tiempo el coronel O'Connor, primer ayudante de Estado Mayor, se acercó a Sucre, preguntándole:

—Mi general, ¿quiere usía dictarme el santo y seña que se ha de comunicar al ejército?

—¡Ahítate, glotón! Pan, queso y raspadura (1)—continuó diciendo La Mar, y pasando a Miller la ración que acababa de arreglar.

—¡Pan, queso y raspadura!—repitió el gallardo inglés aceptando el agasajo—. ¡*Very Well!* ¡Muchas gracias!

Sucre se volvió hacia Miller, y le dijo sonriendo:

—¿Que ha dicho usted, general?

—¡*Nothing!* ¡Nada! ¡Nada! Pan, queso y raspadura...

—Coronel O'Connor, ahí tiene usted el santo, seña y contraseña precursores del triunfo.

Y sacando Sucre del bolsillo su librito de memorias, arrancó una página y escribió sobre ella con lápiz:

PAN, QUESO Y RASPADURA

Tal fué el santo, seña y contraseña del ejército patriota al romperse los fuegos en el campo de Ayacucho.

4

La batalla de Ayacucho tuvo, al iniciarse, todos los caracteres de un caballeresco torneo.

A las ocho de la mañana del 9 de diembre el bizarro general Monet se aproximó con su ayudante al campo patriota, hizo llamar al no menos bizarro Córdova, y le dijo:

—General, en nuestro ejército como en el de ustedes hay jefes y oficiales ligados por vínculos de familia o de amistad íntima: ¿sería posible que, antes de rompernos la crisma, conversasen y se diesen un abrazo?

—Me parece, general, que no habría inconveniente. Voy a consultarlo—contestó Córdova.

Y envió a su ayudante donde Sucre, quien en el acto acordó el permiso.

Treinta y siete peruanos entre jefes y oficiales, y veintiséis colombianos, desciñéndose la espada, pasaron a la línea neutral, donde, igualmente sin armas, los esperaban ochenta y dos españoles.

Después de media hora de afectuosas expansiones regresaron a sus respectivos campamentos, donde los aguardaba el almuerzo.

Concluido éste, los españoles, jefes, oficiales y soldados, se vistieron de gran parada, en lo que los patriotas no podían imitarlos por no tener más ropa que la que llevaban puesta.

Sucre vestía levita azul cerrada con una hilera de botones dorados, sin banda, faja ni medallas, pantalón azul, charreteras de oro y sombrero apuntado con orla de pluma blanca. El traje de La Mar se diferenciaba en que vestía casaca azul en lugar de levita. Córdova tenía el mismo uniforme de Sucre y, en vez de sombrero apuntado, un jipijapa de Guayaquil.

A las diez volvió a presentarse Monet, a cuyo encuentro adelantó Córdova.

—General—le dijo aquél—, vengo a participarle que vamos a principiar la batalla.

—Cuando ustedes gusten, general—contestó el valiente colombiano—. Esperaremos para contestar a que ustedes rompan los fuegos.

(1) *Raspadura*, según el Diccionario de la lengua, es lo que se quita de alguna superficie raspándola. Se usa más en plural, y así se dice raspaduras de uñas, raspaduras de chancaca, etc. La voz *chancaca* es provincialismo de México y del Perú, y se designa con este nombre al pan o bollo hecho con la melaza o heces de la miel de caña.

Ambos generales se estrecharon la mano y volvieron grupas. No pudo llevarse más adelante la galantería por ambas partes.

A los americanos nos tocaba hacer los honores de la casa, no quemando los primeros cartuchos mientras los españoles no nos diesen el ejemplo.

En Ayacucho se repitió aquello de: *A vous, messieurs les anglais, que nous sommes chez nous.*

5

A poco más de las diez de la mañana, la división Monet, compuesta de los batallones Burgos, Infante, Guías y Victoria, a la vez que la división Villalobos formada por los batallones Gerona, Imperial y Fernandinos, empezaron a descender de las alturas sobre la derecha y centro de los patriotas.

La división Valdés, organizada con los batallones Cantabria, Centro y Castro, había dado un largo rodeo y aparecía ya por la izquierda. La caballería, al mando de Ferraz, constaba de los húsares de Fernando VII, dragones de la Unión, ganaderos de la Guardia y escuadrones de San Carlos y de alabarderos. Las catorce piezas de artillería estaban también convenientemente colocadas.

Los patriotas esperaban el ataque en línea de batalla. El ala derecha era mandada por Córdova y se componía de los batallones Bogotá, Voltijeros, Caracas y Pichincha. La división del general Lara, con los batallones Vargas, Rifles y Vencedores, ocupaba el centro. La Mar, con los cuatro cuerpos peruanos, sostenía la izquierda. La caballería, a órdenes de Miller, se componía de los húsares de Junín y de Colombia y de los granaderos de Buenos Aires.

Cada batallón de la infantería española constaba de ochocientas plazas por lo menos, y entre los patriotas raro era el cuerpo que excedía de la mitad de esa cifra.

Sucre, en su brioso caballo de batalla, recorría la línea, y deteniéndose en el centro de ella, dijo con entonación de voz que alcanzó a repercutir en los extremos:

—¡Soldados! De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur. ¡Que otro día de gloria corone vuestra admirable constancia!

Y espoleando su fogoso corcel, se dirigió hacia el ala que ocupaban los peruanos.

La Mar, el adalid sin miedo y sin mancilla, alentó a sus tropas con una proclama culta, a la vez que entusiasta y breve, y que ni la historia ni la tradición han cuidado de conservar.

Los batallones contestaron con un estruendo ¡viva el Perú!, y rompieron el fuego sobre la división Valdés que había tomado ya la iniciativa del comandante. Era en esa ala donde la victoria debía disputarse más reñidamente.

Entretanto la división Monet avanzaba sobre la de Córdova; y el coronel Guas, que mandaba el antiguo batallón *Numancia*, cuyo nombre cambió Bolívar con el de *Voltijeros*, dijo a sus soldados:

—¡Numantinos! Ya sabéis que para vosotros no hay cuartel. ¡Ea! A vencer o morir matando.

Sucre, que acudía con oportunidad allí donde su presencia era necesaria, le gritó a Córdova:

—General, tome usted la altura y está ganada la batalla.

El valiente Córdova, ese gallardo paladín de veinticuatro años, por toda respuesta se apeó del caballo y, alzando su sombrero de jipijapa (1) en la punta de su espada, dió esta original voz de mando:

(1) Hasta en escritores serios hemos visto consignada la especie de que, al emprender la famosa acometida sobre los españoles, Córdova se apeó de su corcel de batalla, desnudó la espada, atravesó con ella el pecho del caballo, y a guisa de bandera enarboló el tricornio en la punta

—¡División! ¡De frente! ¡Arma a discreción y paso de vencedores!

Y dando una irresistible carga a la bayoneta, sostenido por la caballería de Miller que acuchillaba sin piedad a los húsares de Fernando VII, sembró prontó el pánico en la división Monet.

Sospecho que también la historia tiene sus pudores de niña melindrosa. Ella no ha querido conservar la proclama del general Lara a la división del centro, proclama eminentemente cambrónica; pero la tradición no la ha olvidado, y yo, tradicionalista de oficio, quiero consignarla. Si pecho en ello, pecaré con Víctor Hugo; es decir, en buena compañía.

La malicia del lector adivinará los vocablos que debe substituir a los que yo estampo en letra bastardilla. Téngase en cuenta que la división Lara se componía de llaneros y gente cruda, a la que no era posible entusiasmar con palabritas de salón:

—¡Zambos del *espantajo!*—les gritó—. Al frente están los godos *puchueleros*. El que manda la batalla es Antonio José de Sucre que, como saben ustedes, no es ningún *cangrejo*. Conque así, apretarse los *calzones* y... ¡a ellos!

Y no dijo más, y ni Mirabeau habría sido más elocuente.

Y tan furiosa fué la arremetida sobre la división Villalobos, en la cual venía el virrey, que el batallón Vargas no sólo alcanzó a derrotar el centro enemigo, sino que tuvo tiempo para acudir en auxilio de La Mar, cuyos cuerpos empezaban a ceder terreno ante el bien disciplinado coraje de los soldados de Valdés.

Secundó a Vargas el regimiento húsares de Colombia, cuyo jefe, el coronel venezolano Laurencio Silva, cayó herido. Llevado al hospital y puesto un vendaje a la herida, preguntó al cirujano:

—Dígame, socio... ¿Cree usted que moriré de ésta?

—Lo que es morir me parece que no; pero tiene usted lo preciso para pasar algunos meses bien *divertido*.

—¡Ah! Pues si no muero de ésta, venga mi caballo, que todavía hay jarana para un cuarto de hora, y quiero estar en ella hasta el *conchito*.

Y con agilidad suma, sin escuchar las reflexiones de su amigo el cirujano, saltó sobre el caballo y volvió a meterse en lo recio del fuego.

¡Qué hombres, Cristo mío! ¡Qué hombres! Setenta minutos de batalla, casi toda cuerpo a cuerpo, empleando los patriotas el sable y la bayoneta más que el fusil, pues desde Corpagaico, donde perdieron el parque, se hallaban escasos de pólvora (cincuenta y dos cartuchos por plaza), bastaron para consumir la Independencia de América.

6

A las doce del día el virrey La Serna, ligeramente herido en la cabeza, se encontraba prisionero de los patriotas, y ¡lo que son las ironías del destino!, en ese mismo día, a esa misma hora, en Madrid, el rey don Fernando VII firmaba para La Serna el título de conde de los Andes.

La rivalidad entre Canterac, favorito del virrey y jefe de Estado Mayor de los españoles, y Valdés, el más valiente, honrado y entendido de los generales realistas, influyó algo para la derrota. El plan de batalla fué acordado sólo entre La Serna y Canterac, y al ponerlo en conocimiento de Valdés tres horas antes de iniciarse el combate, éste murmuró al oído del coronel del Cantabria, que era su íntimo amigo:

—¡Nos arreglaron los insurgentes! Ese plan de batalla han

de su acero, pronunciando a la vez sus inmortales palabras de mando. Varios pintores lo exhiben así en sus cuadros.

Ello quizá sea poético, y duélenos despoetizar la pintura; pero la verdad histórica nos obliga a decir que Córdova no lució ese día sombrero apuntado, sino un blanco jipijapa, y que estuvo muy lejos de herir al noble corcel que lo sustentara en varios combates, acción que habría revestido caracteres de crueldad y de ingratitud.

podido urdirlo dos frailes gilitos, pero no dos militares. Los enemigos nos habrán hecho flecos antes de que lleguemos a la falda del cerro, y aun superado este inconveniente, no nos dejarán formar línea ordenada de batalla. En fin, soldado soy, y mi obligación es ir sin chistar al matadero, y cumplir, como Dios me ayude, con mi rey y con mi patria.

—¿Qué hacer, mi general?—contestó el jefe del Cantabria estrechando la mano de su superior—. ¡Caro vamos a pagar las francesadas de Canterac!

Desbandada su división, que, en justicia sea dicho, se batió admirablemente, Valdés descabalgó y, sentándose sobre una piedra, dijo con estoicismo:

—Esta comedia se la llevó el demonio. ¡Canario! De aquí no me muevo, y aquí me matan.

Un grupo de sus soldados, de quienes era muy querido, lo tomó en peso y consiguió transportarlo algunas cuerdas fuera del campo.

A la caída del sol, Canterac firmaba la capitulación de Ayacucho, y tres días más tarde dirigía a Simón Bolívar esta carta, que acaso medio siglo después trajo a la memoria Napoleón III al rendirse prisionero en Sedán:

«Excelentísimo señor Libertador don Simón Bolívar: Como amante de la gloria, aunque vencido, no puede menos que felicitar a vuecelencia por haber terminado su empresa, en el Perú, con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle, en nombre de los generales españoles, su afectísimo y obsecuente servidor que sus manos besa, JOSÉ DE CANTERAC. —Guamanga, a 12 de diciembre de 1824».

7

A las dos de la tarde, fatigado por la sangrienta al par que gloriosa faena del día, llegó el general Miller a la puerta de la tienda de Sucre, donde sólo encontró al leal asistente.

—Pancho—le dijo el alegre inglés—, dame un traguito de algo que refresque y un bocado para comer.

El asistente le contestó:

—Mi general, dispense usía si no le ofrezco otra cosa que lo mismo de ayer: un sorbo de aguardiente, pan, queso y raspadura.

—Hombre, guárdate la raspadura y traeme lo demás, que para raspadura basta con la que hemos dado a los godos.

RICARDO PALMA.

La agonía de Anatole France

BLOIS 7, (6.45 t.)—Viajando por la Turena, me he detenido en la Bechellerie, donde Anatole France muere dulcemente, sin romper el estilo de este paisaje tan francés. Es la temporada de castillos y de vendimias. La temperatura es tibia. Las suaves curvas de las colinas están agobiadas por la exhuberancia de los racimos. Los bosques ocultan la carnicería de la caza. De noche, en las aldeas, se percibe el olor de la uva y de las reses cobradas. Anatole France muere debilitado, dormitando. Su memoria—su fiel compañera—le trae momentos de lucidez y de ánimo, recordándole alguna frase bien ritmada, o alguna sentencia estoica. Su mujer, su nieto, que le velan, no tienen necesidad de distraerlo, cuando se da cuenta de su estado. Anatole France muere conforme fué toda la vida: lleno de cordura. El Loira está henchido con las primeras lluvias. Las primeras nubes del otoño ensombrecen el cielo de Turena.

CORPUS BARGA

(El Sol, Madrid).

Tres decretos de Sucre

=Del tomo *Vida de Don A. J. de Sucre*,
por Laureano Villanueva. Librería OLLEN-
DORFF, París.=

TRES decretos dictó Sucre, que bastan por sí solos para constituir a gloria inmortal de un hombre público: a saber, el primero, concediendo una amnistía general; el segundo, garantizando la libertad de la prensa; y el tercero la libertad de cultos.

Las amnistías en los asuntos políticos son la última fórmula de la moderna civilización. Los políticos suelen irse a las manos para dirimir por las armas sus contiendas, lo cual siempre será lamentable; pero el triunfador no tiene ningún derecho sobre los vencidos; ellos quedan bajo la égida de la nueva ley del olvido, que es la santa ley de las amnistías. Pues no se triunfa en las luchas políticas para perseguir y matar, sino para impulsar al país por mejores vías, que le lleven a conseguir el bienestar de las familias y la libertad del pueblo: fin único que excusa y acaso pueda justificar una conmoción sangrienta. *Al vencedor*, decía Bolívar al general Salom, *le sienta muy bien la generosidad*.

Las principales fuerzas materiales de propaganda en la obra maravillosa del progreso humano son el vapor, la electricidad y la imprenta: el vapor transmite la palabra, las ideas y todas las irradiaciones de la inteligencia al través de los mares y las tierras; la electricidad al través del espacio, de polo a polo; pero la prensa las lleva de generación a generación, del siglo presente a los futuros, del tiempo a la eternidad. Es la fuerza inmortalizadora de la actividad del hombre.

Por tal razón, favorecer el desarrollo de la prensa, su mejora en lo intelectual y lo moral, y amparar su libertad en las instituciones públicas, equivale a laborar con eficacia en la redención del pueblo, cuya civilización no se alcanza hoy, como en otros tiempos, por las armas, sino por el libro, el folleto y el periódico, por la labor de las cancillerías, por el tribunado de la palabra y los movimientos estratégicos de la política.

La libertad de cultos es la tercera de las filosóficas conquistas de la civilización moderna. Los príncipes idólatras perseguidores de los judíos y de los protestantes, han sido ya sentenciados por la conciencia humana a la agonía eterna de los condenados al suplicio de oírse maldecir perennemente por todos los pueblos y todas las generaciones. Bajo la protección de los principios liberales, toleráanse hoy mutuamente todas las religiones. El católico y el protestante, el ultramontano y el libre pensador, el hebreo y el musulmán, los monoteístas del pueblo de Dios, hijos de la sensible raza semítica, que vela místicamente sus creencias idealizándolas por el misterio, y los sectarios de las simbólicas religiones indogermánicas, panteístas o dualistas que explican a Dios y al hombre por una doctrina filosófica, todos viven como hermanos a la sombra de la bandera de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad.

En suma. La amnistía para las causas políticas vencidas, la libertad de la prensa y la libertad de cultos, son las tres piedras colosales que sirven de

fundamento a la organización del mundo moderno; y sobre ellas levantó Sucre la joven república, hija suya, y la formó para sentarla en trono de majestad entre las naciones más civilizadas.

Vamos a copiar aquí su bello decreto de amnistía, de garantías, de llamamiento a los extranjeros, y de respeto a la libertad de la conciencia:

1.º Que entre todos los deberes del Gobierno, el más esencial a la prosperidad del país es el aumento de la población, con lo cual se obtendrán todas las riquezas;

2.º Que el más fácil medio de aumentarse la población es promover la inmigración, y que esta no se obtiene sin garantías sociales, e invitando a todos los hombres a venir a Bolivia a profesar el culto de la libertad.

Oída la Diputación permanente, y en virtud de la autorización que ejerzo por el Cuerpo Legislativo, decreto:

1.º Un velo impenetrable pone en perpetuo olvido los sucesos políticos de la revolución; por consiguiente, nadie es responsable de sus opiniones pasadas;

2.º Los hombres de todos los pueblos y naciones, son invitados a venir a Bolivia, donde su libertad civil tiene todas las garantías que dan las leyes a los bolivianos;

3.º El derecho de ciudadano lo obtendrán los extranjeros en los términos que prescriba la Constitución;

4.º El derecho de propiedad y de seguridad es sagrado en la República;

5.º Bolivia no reconoce otros enemigos exteriores que los de su libertad, su integridad e independencia, ni enemigos interiores sino los de su prosperidad y sus leyes. Sin embargo, el poder del Gobierno contra éstos, será conforme lo prescriban las mismas leyes;

6.º Todo extranjero, al declarar con datos positivos que su objeto es avecindarse en la República, queda exento de pagar otras cargas y pensiones que aquellas a que están sujetos los naturales del país;

Los extranjeros cuya ocupación en Bolivia sea la instrucción y enseñanza pública, serán más considerados para obtener la carta de ciudadanos;

7.º La República no reconoce ningún poder humano con intervención sobre la conciencia de los habitantes de Bolivia, cuando éstos observen las leyes establecidas para conservar el culto, la buena moral y las sanas costumbres;

8.º El secretario de Gobierno queda encargado de la ejecución de este decreto.

Imprímase, publíquese y circúlese.—Dado en el Palacio de Gobierno de Chuquisaca, a 24 de Mayo de 1926.

(Firmado).

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

Por orden de S. E.

Facundo Infante, secretario de Gobierno.

Inspiróle interés compasivo la suerte de los indígenas, impiamente explotados por las autoridades y el clero. Imperaba en aquel tiempo la costumbre de imponerles arbitrariamente la celebración de fiestas religiosas en los pueblos, y cuando el infeliz indio no podía pagar su valor, que por lo común era de cincuenta o cien pesos, le quitaban una hija, la más bonita, para venderla al que la pagara mejor. Sucre dispuso que a ningún indio se obligase a hacer tales festividades, sino que únicamente pagaran las que voluntariamente quisieran hacer. Cuando algún cura, burlando esta disposición legal, quería obligarlos al pago, ocurrían a Sucre, quien siempre los amparaba y protegía.

LUREANO VILLANUEVA

Los amores de Sucre

=Del tomo *Al margen de la Historia*.
Leyendas de pícaros, frailes y caballeros,
por D. Cristóbal de Gangotena y Jijón.—
Quito. MCMXXIII. Sea esta la oportunidad
de dar las gracias al ilustre Sr. de Gan-
gotena y Jijón por el precioso ejemplar
que nos ha remitido.=

JOVEN de 26 años, en quien, a pesar de su juventud, «habían madurado los dones del espíritu», y que tenía, «con la actividad del joven, la reserva y discreción del hombre experimentado», endurecido en los combates, adornado con mil exquisitas prendas de carácter y de pulidísima educación social, condecorado con un nombre ya glorioso llegó Sucre a Guayaquil, en mayo de 1821, encargado por el Padre de Colombia, de dar cima a la libertad del Sur.

En Guayaquil el joven y glorioso General cumánés fué recibido con todas las manifestaciones de entusiasmo que un pueblo patriota es capaz de ofrendar a quien viene a consolidar su libertad y a darla a sus hermanos. A Quito, la primera que había levantado el estandarte de los libres en 1809, le cupo en suerte ser la última en conseguir su libertad. Quito es el Alpha y Omega del movimiento emancipador de Colombia la Grande.

Entre los festejos con que Guayaquil celebró la llegada del futuro Mariscal de Ayacucho a sus playas, se contó como principalísimo, el baile que organizó en su honor el General Villamil.

La belleza proverbial de las mujeres porteñas debía hacer brillantísima aquella reunión, a la que hubo de concurrir lo más selecto de la ciudad. Los jóvenes y flamantes Oficiales Octubrinos, los elegantes *currutacos*, estaban llenos de entusiasmo con la esperanza de la fiesta: ya las niñas más elegantes, las más lindas, las más distinguidas, habían dado su asentimiento de asistir a la velada, con sus respectivas y respetables mamás. Pero faltaba una familia, que entre sus miembros contaba a la perla más preciosa del Guayas, a la más linda muchacha, fresco pimpopillo de diez y seis abriles. La familia distinguidísima de Gainza, fiel a su rancio abolengo peninsular, lo era hasta entonces a la causa del Rey, y, por tanto, no asistiría al proyectado baile.

Lamentábanse los organizadores de la fiesta de que tan brillante concurso les faltara, y alguien, tal vez un Oficial colombiano que lo oyó, fué y se lo dijo al futuro Mariscal de Ayacucho.

El General quiso ganar a la causa de Colombia una bella mujer. Tomó consigo a dos de sus apuestos Edecanes, y, vestidos todos de gala, se presentaron en casa de las Señoras de Gainza. Después de los saludos y cortesías de estilo, el joven General expuso a la Señora de la casa el objeto de su visita: no podía permitir dijo, que la velada que se preparaba estuviera privada de la más linda muchacha del Puerto y pedía el honor de bailar la primera contradanza con Pepita Gainza. A petición tan galantemente expresada, la madre de Pepita no tuvo medio de eludir la invitación, y prometió concurrir con su hija a la velada.

Ya los salones en donde la fiesta se celebraba, estaban llenos de invitados. Rutilantes de luz y adornados con profusión de flores, los frescos y vaporo-

sos vestidos de colores claros con que se ataviaban las bellezas guayaquileñas, contrastando con los brillantes uniformes de los nuevos militares y con los más severos de los veteranos de la expedición colombiana, daban a la reunión aspecto encantador y animadísimo, cuando se presentaron las invitadas personales del General Sucre: venía Pepita Gainza más linda que nunca, y a recibirla se adelantó el General.

Vestía éste de gran uniforme y en el pecho ostentaba el sinnúmero de medallas que había ganado con sus heroicos hechos. Bailando con Pepita una de aquellas pausadas y ceremoniosas contradanzas de la época, en una de las complicadas vueltas del baile, las condecoraciones del General enredáronse casualmente en los encajes que adornaban el corpiño de su linda pareja. Sucre, siempre galante, desprendió la aguja que sujetaba a su pecho las medallas y dejándolas colgadas del corpiño de Pepita:—Señorita, la dijo, este incidente quiere decir que mis glorias la pertenecen.—Pronta, viva, Pepita, sin turbarse, le replicó:—General, me haré digna de ellas.

No pasó desapercibida la galantería del joven guerrero, y la concurrencia la aplaudió calurosamente. Prendadísimo quedó el General Sucre de la sin par y despejada Pepita, a quien, en recuerdo de la hermosa velada, dejó sus condecoraciones. El joven héreo pensó, se dice, hacerla su esposa.

* *

De realistas que, hasta tratar al simpático y caballeroso Sucre, habían sido algunas familias guayaquileñas, y entre ellas la de Gainza, se volvieron ardientes patriotas, como lo demuestra la carta que más abajo copio.

El Coronel Nicolás López había sido el ídolo de la ciudad de Guayaquil, antes de su negra acción de Babahoyo: hombre de exquisita educación, muy apuesto y decidor, había sabido captarse gran aprecio entre las damas porteñas, quienes, al enterarse de su inicua traición a la causa de la Libertad, y en respuesta a las explicaciones capciosas que de su conducta diera a la sociedad guayaquileña, le dirigieron esta carta, que publicó *El Patriota de Guayaquil*: entre las firmantes están, como puede verse, las Gainzas.

«Traidor! ¿Aún te atreves a pronunciar los nombres de la inocencia y del pudor, después de haber profanado este suelo con tus crímenes? Cobarde! ¿Las pequeñas fatigas de una marcha corta te atreves a poner en consideración de un sexo que las conoce y las desprecia? Hombre detestable! Tu lenguaje es igual a tus intenciones, y el desorden de tus palabras igual a la desorganización de tu alma corrompida. Huya para siempre de ellas la victoria, que sería el triunfo de los vicios; y, antes de experimentar este día de horror, pereciendo el último de sus defensores, las damas a quienes hablas, incendiando con sus manos esta hermosa ciudad, sepultarán su honor y su decoro en las cenizas de Guayaquil.—Agosto 28 de 1821.—Rocafuertes.—Tolas.—Garaicoas.—Llagunos.—Lavayen.—Rocas.—Cambas.—Calderones.—Díaz.—Garrocháteguis.—Luzcandos.—Plazas.—Campos.—Merinos.—Aguirres.—Casilaris.—Haros.—Morales.—Gainzas.—Roldanes.—Carbos.—Urvinas.—Jiménez.—Elizaldes.—Ycazas».

**

Los intereses de la guerra arrancaron pronto al joven General de los encantos de sus incipientes amores con Pepita Gainza. Seguramente la fresca sonrisa de tan linda muchacha fué un lenitivo del abatimiento que al guerrero hubo de sobrevenirle cuando, después de su derrota de Huachi, volvió a Guayaquil. Y tal vez el encanto de aquella mujer le infundió luego nuevos y mayores bríos para reemprender la campaña y obtener mayores glorias que ofrendarla.

Mas el refrán dice, y es lo cierto: «Matrimonio y mortaja, del Cielo bajan». Este comenzado idilio entre un General de 26 años y una candorosa niña de 16 no debía tener el término feliz que ambos soñaron en una perfumada y exquisita noche tropical...

Victorioso en Pichincha el 24 de Mayo de 1822, al día siguiente, a las 3 de la tarde, entraba el General Sucre en la ciudad de Quito. Aquella misma tarde, recibía la visita del viejo Marqués de Villarocha y de Solanda, antiguo adalid de nuestras libertades, que venía a felicitarle por el esplendoroso triunfo.

A la mañana siguiente volvió el Marqués y, queriendo dar al héroe una prueba de su alto aprecio, invitóle amable a que se dignara visitar su casa para presentarle a su familia. Aceptó el General, fijando el domingo siguiente para cumplir la grata obligación. En esa visita que, por ser la primera, fué corta, conoció el General Sucre a la Marquesa y sus tres hijas: Doña Mariana, Doña María y Doña Josefa Carcelén y Larrea.

Gratamente impresionado quedò Sucre de la belleza de la primogénita Doña Mariana, acentuándose más y más cada día esta impresión grata con el trato de la heredera del mayorazgo de Solanda.

Poco después marchaba el General Sucre a someter a los rebeldes y empecinados pastusos. Vencidos éstos, volvió a Quito, de donde en breve hubo de partir al Perú para coronar su gloria en Ayacucho, saludando el primero la libertad del Continente.

El prestigio, la gloria, las excepcionales cualidades del primer Teniente de Bolívar, lo llevaron a constituir en el Alto Perú la República de Bolivia, a regirla y gobernarla.

La Marquesa de Solanda tuvo, según tradición legada por O'Connor, otro pretendiente: el apuesto Coronel irlandés Arturo Sandes. Cuéntase que cierta noche de 1824, en una posada de Huamachuco, Sandes y O'Connor bebían, añorando las brumas de Albión, unas copas de Ron de Jamaica, cuando entró el General Sucre, para anunciarles que estaba pronto a partir para Quito un expreso, y decirles que, si alguna carta tenían que enviar, aprovecharan del correo.

Como se mentara a Quito, y no dejara Sucre de apoyar un tanto el tono, contestándole Sandes no tener carta que enviar, vino, entre camaradas, la franca explicación: Dos valerosos Jefes pretendían a una misma mujer: ¿Quién se la llevaría?

Habiendo hecha donación entera de su sangre a la causa de la Libertad, no podían derramarla por otra. Así, decidieron, dice O'Connor, confiar a la suerte su destino. O'Connor propuso echar al aire un peso y

escogió él mismo cara para el General Sucre y sello para el Coronel irlandés: la suerte favoreció al General

**

El Marqués de Solanda había muerto en Quito el 8 de Agosto de 1823. Sucre, resuelto a casarse con la Marquesita heredera, escribió a Pepita Gainza su resolución... La noble niña, a quien, sin duda, el desengaño arrancó amargas lágrimas, fué lo suficientemente noble para dar una sublime prueba de su abnegación: contestó a Sucre que remitía a la Marquesita de Solanda las medallas que había guardado desde la noche del baile...

Libre ya de su compromiso, Sucre envió desde la ciudad de la Paz los poderes suficientes a su gran amigo quiteño el Coronel Don Vicente Aguirre y Mendoza, para que, en su nombre, contrajese el matrimonio pactado con Doña Mariana Carcelén y Larrea.

Recibido este documento, El Coronel Aguirre se apresuró en dar los pasos conducentes a la celebración de la boda. Evacuadas las diligencias de la información de soltería en que fueron testigos el General de Brigada Don Tomás de Heres, el Coronel Don Carlos Eloy Demarquet, Edecán de Su Excelencia el Libertador, y el Coronel Cervellón Urvina, Cirujano Mayor del Ejército, la boda se celebró en Quito, el 20 de Abril de 1828, cuando había apenas 48 horas que el Gran Mariscal de Ayacucho fuera herido en Chuquisaca, a consecuencia de la conjuración que, en aquella ciudad, estalló el 18 de Abril al amanecer. Fueron padrinos de la boda dos grandes amigos del General Sucre y de Bolívar, los Marqueses de San José, Don Manuel de Larrea y Jijón y Doña Rosa Carrión y Velasco.

Sucre vivió con su esposa apenas once meses: habiendo llegado a Quito el 30 de Setiembre de 1828, partió para la campaña de Tarqui a fines de Enero siguiente; volvió a reunirse con la Marquesa a mediados de 1829, y estuvo con ella hasta Diciembre, en que se separó para asistir a las sesiones del Congreso Admirable. A su vuelta fué vilmente asesinado en las montañas de Berruecos.

Unico fruto de su matrimonio, fué Teresa, nacida el 10 de Julio de 1829 y fallecida el 15 de Noviembre de 1831.

**

Joven y cargado de gloria, natural era que el amor le sonriera a su paso. Fruto de fugaces devaneos durante su estadía en Guayaquil, fué una niña cuya suerte no me ha sido posible averiguar. Sé sólo que existió, por la siguiente carta, dirigida desde Bolivia, por el General Sucre, al amigo de sus confianzas en Quito, el Coronel Don Vicente Aguirre. Dice así: «Octubre 11.—Mi querido Coronel Aguirre: en una cartica que le escribí de Oruro, dije a Ud. que en Guayaquil tengo una niñita, que sea o no mía, su madre lo decía así, y he llegado a creerlo. Su madre, Tomasa Bravo, ha muerto, según me han escrito de Guayaquil, y la chiquita, (que se llama Simona) no

El retrato de Sucre

ERASE el General de mediana estatura, aunque más alto que pequeño; delgado, sin ser enjuto de carnes; la cabeza simétrica y sin prominencias; la frente vasta, en especial hacia los lados, por donde formaba grandes entradas en los cabellos negros, recios y ensortijados; la piel morena, menos en las partes habitualmente cubiertas por el sombrero, de lo cual se desprende que le empretecieron los rigores de la intemperie; las cejas delgadas y perfectas: los ojos castaños, expresivos y dulces, excepto en el fervor de la batalla en que se encendían y relampagueaban; la nariz larga, combada, no fea; la boca regular; los labios finos, pero salientes, sin duda por la costumbre de la rasura, a la que sometía también la redondeada barba y las tersas mejillas, sombreadas apenas por una estrecha y corta patilla. El entrecejo, ligeramente marcado, rara vez se acentuaba, para mostrar el rostro ceñudo. Sonreíase con alguna frecuencia, pues era hombre vivo e insinuante, y descubría los dientes blancos e iguales. No reía sino difícil y momentáneamente: nunca fué propenso a las ruidosas demostraciones de la alegría, del pesar o de la cólera. Mesurado, amable, reflexivo, la discusión con los compañeros, la conversación con los amigos, las órdenes a los subalternos salían de sus labios en suave sonido, como la tranquila expresión de una inteligencia cultivada, de un criterio recto, de un corazón benévolo, en una palabra, de una alma superior. Dócil, subordinado, desprendido, no arriesgó jamás, como subalterno, el feliz éxito de una batalla, empujado por las rivalidades, celos o caprichos, que movían frecuentemente a algunos oficiales voluntariosos, tercos y soberbios. Previsor, prudente, sereno en el peligro; humanitario, generoso en la victoria, no prodigó nunca, como jefe, la sangre de los patriotas, ni de los realistas, ni precipitó acontecimientos, ni guerreó por el lustre de su nombre, sino siempre para provecho de la República y por amor a la libertad. Filósofo armado, más bien que militar, miraba la sangre—sudor rojo de las magnas ideas y ¡ay! de los mezquinos intereses,—



ANTONIO JOSÉ DE SUCRE

Por Antonio Michelena.
Según retrato original.

de ellos le odiaron como represión viva de sus defectos. De familia noble y rica, amaba la independencia como madre de nobleza y de prosperidad, no como causa del desbarato, del envilecimiento, de la plenitud del mal en el vacío del orden. Las cualidades de Sucre prepararon el crimen que nos le arrebató: la rectitud del alma no le permitió encorvarse para ver la perfidia que rebullía a sus pies. Si el plomo al destrozarle la cabeza no le hubiese muerto en el acto, habría perecido seguramente poco después dilacerado el corazón por la ingratitud y la felonía. Al caer no mordió la arena de la lid; acaso besó la tierra que le fué tan querida.

Poseyó una sola ambición: la de la virtud.

Tenía no sé qué de atrayente y que al propio tiempo inspiraba respeto, en la fisonomía, en las maneras, en las miradas, en las palabras: era uno de esos hombres que en las cualidades del cuerpo y del alma llevan el diploma de la gran destinación providencial. Si hubiese nacido en Europa, acaso habría sido rey; como nació en América... le asesinaron.

CARLOS R. TOBAR.

(De la *Gaceta Municipal*, Quito).

sé quién la tenga, y es mi deber y mi deseo recogerla.

Abuso de la amistad de Ud. para rogarle que me haga llevar esta niña a Quito y la ponga en una casa en que la críen y la eduquen con mucha delicadeza y decencia, la enseñen cuanto se puede a una niña, y en fin, me la haga tratar tan bien como espero de Ud. Todo gasto lo pagará Ud. de mi cuenta. La chiquita tendrá cerca de cuatro años, y creo que podrá darle razón de ella Angelita Elizalde.

Suplico a Ud. que llene este encargo y que dispense mis impertinencias.—Suyo,

A. J. SUCRE.

Y en el sobrescrito. Señor Coronel Aguirre.—Privada.—S. M.

¿Qué fué de Simona Sucre? ¿Quién fué Tomasa Bravo? Son dos problemas difíciles de averiguar después de un siglo.—Tal vez existen descendientes del Gran Mariscal...

C. DE GANGOTENA.

Pastorela

Unge con orlas de oro el postrimer reflejo
crepuscular, las copas de los pinares viejos;
una pareja aldeana, con sus errados zuecos
pasa por el camino milenario y escueto.

Melancólicamente las esquilas resuenan
en la paz de la tarde, una paz dulce y buena;
peinados por los tojos de las áridas sendas
blanquean los vellones de las mansas ovejas.

Vigila siete cabras un fornido muchacho,
siete cabras muy negras como siete pecados;
cara al cielo el mancebo rubicundo y lozano
mira las nubes como si fueran cien rebaños.

—Mancebo, Dios te guarde, le digo.—Buen mancebo,
¿eres feliz acaso, con tu vida, tus perros
y tus cabras obscuras cual un presentimiento?
¿Nada sabes ni piensas? ¡Responde, zagalejo!

—Señor, yo no le entiendo su incomprensible verba:
«feliz...pensar...ser sabio...» Me dan risa esas viejas
palabras; vivo alegre y me quiere y es buena
una linda zagala, roja como una fresa.

Bebo agua de los pozos; en la áspera montaña
he matado diez lobos; y en las noches calladas
contemplo las estrellas tendido entre la grama
y sé las misteriosas voces que dice el agua.

* *

La noche un hisopazo de hollín sobre las crestas
de los montes ha puesto; corre a campo traviesa
la raposa; el mancebo con sus cabras se aleja
cantando, y repercute doquier su cancioneta.

La luna argenta y bruñe las copas de los álamos;
se oye el chirriar doliente de un viejo carromato;
y en la mitad de la senda yo me quedo pensando:
¿El agua de la vida por qué nos enturbiamos?

EDMUNDO VELASQUEZ

San José, Costa Rica, 1924

A lo que obliga Ayacucho

(De *El Sol*, Madrid)

RECIENTEMENTE publicamos un radiograma de Lima dando cuenta de los buenos sentimientos que le inspira España al Presidente Leguía. «España—dijo en un discurso, días atrás—es para nosotros, peruanos, el umbral que debemos atravesar para dirigirnos a cualquier país europeo antes de hacer gestión alguna en el viejo continente». Sin duda por este distinguido rango que el jefe del Estado peruano atribuye a nuestro país, desea que lo represente en España, no una Legación, como hasta ahora, sino un Embajada, siempre que nuestro Gobierno corresponda en la misma medida a su delicada atención. Otras Repúblicas americanas han hecho lo mismo y España con ellas. No habría razón para no dar al Perú idéntico trato.

En el radiograma se aludía también a las fiestas que se preparan en el Perú para celebrar el centenario de la batalla de Ayacucho. España está invitada a tomar parte en esa conmemoración; pero, según nuestro corresponsal, la Prensa peruana se queja de la débil representación que tendrá nuestro país en tal acto. Si el retraimiento obedece a algún escrúpulo nacionalista, lo declaramos enteramente injustificado. Ya nuestro ilustre colaborador el señor Gómez de Baquero ha explicado en nuestras mismas columnas la trascendencia histórica de la batalla de Ayacucho. Insistiremos brevemente.

En aquella batalla, que acabó virtualmente con el dominio de España en América, no lucharon sólo los vulgares intereses, apetitos y vanidades que suelen ser el eje de las guerras. Principalmente, combatieron dos conceptos antagónicos e inconciliables del principio de la soberanía. Conviene repetir lo que se ha dicho muchas veces: las guerras de la independencia americana fueron más bien guerras civiles, en el fondo revoluciones políticas. Su causa trascendía de todo límite nacionalista: era una causa universal, una idea perenne, como es la soberanía democrática de los pueblos. Esa idea la comparte hoy la mayoría de los españoles, aunque las apariencias finjan otra cosa. No hay, pues, desdoro en celebrarla con ocasión del centenario de Ayacucho, donde, con el general Sucre—«el copo de nieve sobre la charca de sangre», como le ha calificado con feliz imagen uno de sus historiadores, D. Carlos Pereyra—, venció también la España liberal de todos los tiempos. Hay batallas, como la de Ayacucho, que enaltecen por igual a vencedores y vencidos.

También se nos anunciaba en el mencionado radiograma que han sido invitados asimismo varios intelectuales españoles al centenario de Ayacucho. En este punto nos permitimos hacer algunas reservas sobre la oportunidad de esas invitaciones. Si el Estado español haría mal en regatear su adhesión a ese símbolo histórico, por las razones indicadas más arriba, tememos, en cambio, que la presencia de un grupo de españoles significados por su libre mentalidad fuese poco grata y mal juzgada a los ojos de una extensa zona de los intelectuales peruanos. Nos sugiere este temor una carta de un muy distinguido universitario peruano, publicada por *El Espectador*, de Bogotá, y reproducida por el excelente *Repertorio*

Pase a ver el gran surtido
de

CASIMIRES INGLESES

de último estilo que acaba de recibir y vende
a precios módicos

la

SASTRERIA AMERICANA

de

JUAN PIEDRA Y HERMANO

Frente al Hotel Francés

LOS TRABAJOS DE ESTA SASTRERIA
SON GARANTIZADOS

LARGA PRÁCTICA EN NUEVA YORK

LADIES AND GENTLEMEN TAILOR

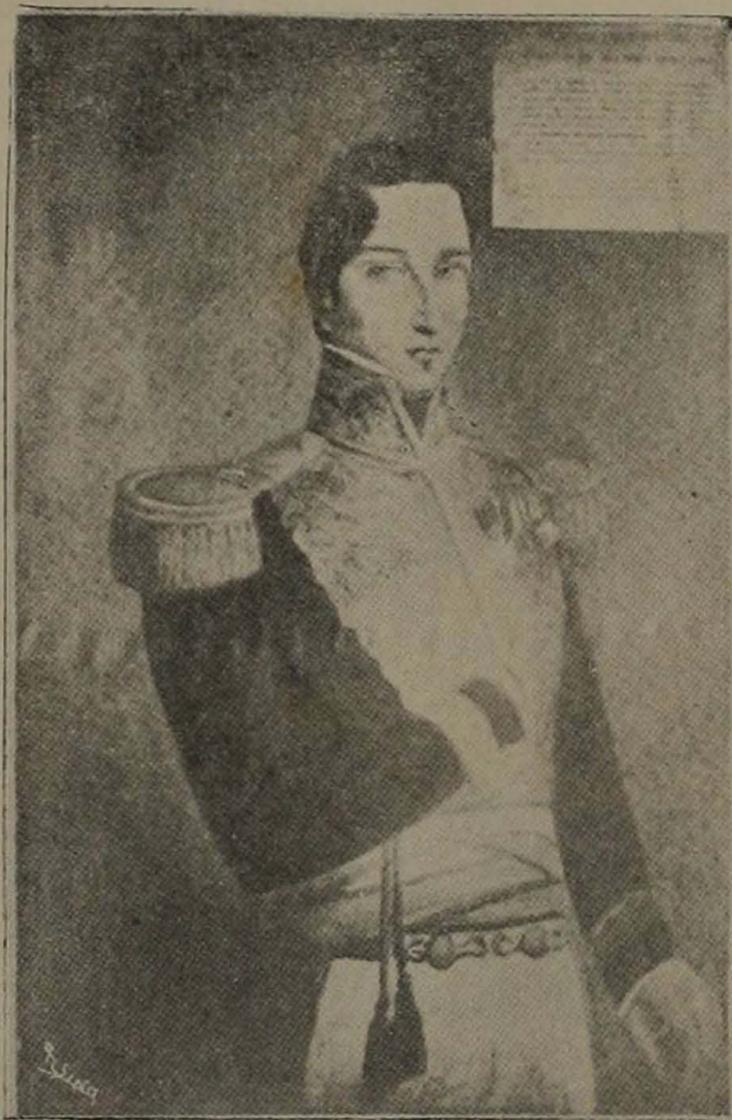
English spoken

Córdova, discípulo de Serviez

=Fragmento del artículo *Serviez, el maestro de Córdova*. De *Lecturas Dominicales*, Bogotá, 2 de noviembre de 1924=

...Dada esta somera reseña sobre la figura militar de Serviez, volvamos a su profesorado en la Escuela de cadetes de Antioquia y a su discípulo de milicia, José María Córdova. Este cadete, niño de 15 años, fué el predilecto de Serviez: por sus gallardías personales, por sus aptitudes marciales, por su carácter valiente y franco hasta la brusquedad; y la alta escuela, la escuela clásica de los militares de la Revolución y del Imperio dignamente representadas por Serviez, dejaron profundas huellas en el espíritu y la mente del joven Córdova, que más tarde, en los campos de batalla de todo un continente, habrían de revelarse por golpes geniales de valor e intuición militares. No nos cabe duda alguna de que el Teniente Coronel Manuel de Roergas Serviez, infundió con su palabra de fuego y sus ejemplos de heroísmo en el ánimo de su discípulo y luego ayudante de campo las mejores inspiraciones del guerrero galo, el mejor concepto del deber militar, y la suprema arrogancia del hombre que ha sabido desafiar y vencer toda situación adversa y que no ha conocido los minutos crueles de los desfallecimientos cobardes.

El mismo idioma francés fué enseñado por Ser-



Gral. don JOSÉ MARÍA CÓRDOVA

Americano, de San José de Costa Rica, en su número del 29 de setiembre.

La pintura que en ese documento se hace del régimen de libertad en el Perú de estos mismos días dista bastante, de ser cierta, del sentido ideal de Ayacucho. En él se nos habla de la deportación del maestro de la juventud, Víctor Raúl Haya; de la expulsión de una veintena de estudiantes de una Universidad por haber protestado contra la prisión de Haya; de la supresión de cinco o seis revistas de vanguardia; de la suspensión de los derechos de asociación y reunión; del encarcelamiento de numerosos estudiantes en la isla de San Lorenzo; de la clausura de las Universidades de Jauja, Trujillo y Huacho; de más de cien deportados, la mayoría intelectuales, etc. Estos y otros sucesos han sido condenados públicamente por el ilustre hombre de gobierno mexicano José Vasconcelos y por el notable escritor argentino José Ingenieros.

viez a Córdova, de tal manera que en la pasividad de las guarniciones, en las penosas marchas al través de las interminables estepas de los Llanos de Venezuela, en las difíciles ascensiones a las nevadas cumbres de los Andes, y aun en los delirios de cruel enfermedad, el joven guerrero colombiano alegraba los momentos de la vida, aliviaba las penalidades de la lucha, o deliraba febril con las canciones marciales o eróticas aprendidas en la lengua y de los labios mismos de aquel veterano de las guerras de Italia en días gloriosos en que llevara su caballo indómito como húsar del amor y de la muerte al través de los campos de las más memorables batallas napoleónicas.

«Me dicen que cantaba muchas canciones de Araure y francesas» (1). A aquellas canciones francesas agregaba Córdova las aprendidas entre sus compañeros del Llano, en aquellas trágicas campañas de la guerra a muerte; música

de Casanare y del Apure, música criolla, apasionada y doliente, sugestiva y sensual, nacida entre los anhelos y padeceres del soldado errante en la inmensidad salvaje que cruzan el Orinoco y sus afluentes!

R. BOTERO SALDARRIAGA.

Un estado social así tiene que menoscabar forzosamente la significación de libertad con que debe investirse el centenario de Ayacucho. Los intelectuales hispanoamericanos no pueden solidarizarse con el Gobierno del Perú mientras duren las actuales circunstancias. Creemos que el Presidente Leguía haría obra de buen gobierno devolviendo la libertad a cuantos, por motivos ideales, la han perdido en el Perú, y restaurando los derechos de ciudadanía inherentes a toda democracia. No en son de censura, sino de amistoso consejo, escribimos estas líneas, inspiradas en un profundo sentimiento de hispanoamericanismo liberal. Si así obrase, ésa sería la mejor corona para los muertos en Ayacucho por la libertad de América, y todos llevaríamos a ella, sin reservas entonces, nuestra mejor flor de cordialidad hispanoamericana.

(1) *Archivo Santander*. Tomo IV, páginas 80 y 81.

Bilitis

Bilitis, mentira de Bilitis, mentira.
Bella mentira griega: ninfa, mujer y ave.
Carne de amor, y como de amor, suave...
¡Toda rosa de amor que danza y que suspira!

Bilitis, infantina desnuda entre sus velos,
inocente como una paloma enamorada.
Otra mirada azul encuentra su mirada,
y se queja de amor y se queja de celos.

No se fijó en el aire fiero, ni en dura lanza,
ni en el pecho de hierro, ni en los cortos cabellos.
Los amó desflecados, ondulantes y bellos,
y se anudó con ellos su soberbia esperanza.

Amó el quejido leve y la piel suave y fina,
las carnes de oro y rosa, los labios encendidos.
Quiso la boca dulce y la mano ambarina
y la buscó en los hondos crepúsculos dormidos.

Gustadora dilecta, no quiso la esperanza,
—y prefirió la boca que canta, besa y reza...—
gozó de los deleites más sutiles y fuertes,
y, virgen, conservó intacta su belleza
para donarla pura al seno de la muerte.

Bilitis, catadora de los raros placeres,
de los deliquios raros, mujer casta y ardiente,
el amor para ti fué en labios de mujeres
un fuego fatuo, pero todo resplandeciente.

Bilitis, que gustaste de la blandura suma,
de la suma belleza en las cien actitudes,
dáme de tus placeres blancos como la espuma
y enséñame la gracia roja de tus virtudes.

MARÍA MONVEL

(Atenea, Universidad
de Concepción, Chile)

¿Desea Ud. hacerse un vestido elegante
y económico para las fiestas?

Pase a LA COLOMBIANA y escoja su corte
y le saldrá por la mitad de su valor

FRANCISCO GÓMEZ Z.

Calle del Tranvía. — Frente a la tienda Kepfer.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de
oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.
Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

La costra y el carácter

...Censuraba una vez D. Julián Sanz del Río a cierto político, su contemporáneo, un hombre de esos que confunden la incompreensión con la firmeza y que, porque son tercos y rudos, logran fama de enérgicos.

—Pero no me negará usted, don Julián—argüía uno de los oyentes—que ese hombre tiene carácter...

—¿Carácter?... No. ¡Costra!—replicó lacónicamente el filósofo.

Hé ahí, tal vez, la distinción esencial. Para hacer que nuestro país sea grato a los extranjeros—¡y a los españoles!—; para desarrollar el turismo, así como para realizar otras más amplias finalidades, importa, ante todo, no confundir el carácter con la costra y pulir, y raer lo que es sólo costra, costra de atraso o de incultura, al mismo tiempo que afirmamos, desenvolvemos y acentuamos lo que constituye el carácter, el auténtico y profundo carácter de nuestro espíritu.

¿Queréis un ejemplo, uno entre los muchos que podríamos poner? Hablamos del misticismo de Avila. Sí; Avila es un relicario de piedra. Pero el visitante moderno que recorra esas viejas ciudades, coronadas de campanarios, y espadañas, ¿no evocará tal vez una tradición de sombría intolerancia y de eclesiástico fanatismo?... Pues bien: el misticismo es carácter; el fanatismo es costra. La costra debe desaparecer, precisamente para que el interno carácter se manifieste en su plenitud. Nuestro misticismo ibérico se forjó en aquella España medioeval que fué, en sus mejores momentos, una síntesis tolerante de tres grandes culturas: la cristiana, la judía y la árabe... Y así en todo lo demás. Esta doble labor de suprimir la costra y salvar el verdadero carácter constituye nuestra gran empresa de educación colectiva.

LUIS DE ZULUETA

(La Libertad, Madrid).

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta,
Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada,
Naranjada, Ginger-Ale,

Crema, Granadina, Kola,
Chan, Fresa, Durazno y
Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja,
Durazno, Menta, Fram-
buesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA